

VIAJES LITERARIOS

Por MANUEL IRIBARREN

III y último

LA PLAZA de ALMAGRO

En el trayecto y bajo un sol ardiente y moliente con rigores de estío, la sierra Calderina, empenachada con nubes de tormenta, nos evoca el polvo de espuelas, algarabía, cabalgadas, y ecos de combates fronterizos entre moros y cristianos sobre la amplitud de este sin límites Campo de Calatrava, cuyo nombre sabe a justas y torneos, a caudillos de romance y a enamoradas doncellas, a correrías y a raptos.

Almagro y sus encajes compiten en pulcritud y donosura. Rastros de esplendidez del conquistador aquí y allá, en los mejores edificios, palacios y templos. La orden de Calatrava, fundada por San Raimundo, abad de Fitero —otra referencia a mi solar navarro— monta su guardia en cada esquina, con su Gran Maestre en perenne vela y oración, igual que hace ocho siglos.

Pocas cosas tan lindas y recompuestas como la plaza de Almagro con sus floridos rosales en el andén central. Paseo mejor que plaza por su trazo oblongo —es un rectángulo— y, si manchega en la uniformidad y estilo de sus soportales, con trasuntos marineros en el verde de sus encristaladas galerías, todas idénticas. Parece como si nos hubiesen trasladado de pronto a algún puertecillo de los Países Bajos.

A una de estas galerías corresponde el Corral de Comedias cuya inauguración vamos a presenciar. Se trata de un teatro auténticamente viejo, reconstruido con toda fidelidad y remozado con blancos y almogres. Nada más sugestivo que su interior. Nos recuerda la tramoya empleada en la adaptación cinematográfica del Enrique V de Shakespeare.

Extinguido ya el arrastrado sonsonete de los consonantes, yo me pregunto —y ello me preocupa— cómo podrá conservarse sin desdoro ese precioso teatrillo lugareño que constituye en sí todo un museo de nuestra escena. Sería una verdadera lástima que camiones o tinajas acabaran desahuciándolo y malograsen



El deseo expuesto por el autor de este artículo, ha tenido cumplida realidad con la reciente representación en el Corral de Comedias de la obra de Lope de Vega «El acero de Madrid», por los alumnos de la Escuela Superior de Arte Dramático.

el laudable empeño de José María del Moral. ¿No habría manera de organizar allí en época oportuna ciclos de nuestro mejor teatro del Siglo de Oro? Mucho me temo que la empresa ofrezca demasiadas dificultades para su realización.

EL CONVENTO DE MALAGON Y LA ALEGRIA CARMELITANA

Este recoleto lugar, tercera fundación de Santa Teresa de Jesús bajo el patrocinio de San José, nos tenía reservados, a mí particularmente, los momentos más entrañables y emotivos de las jornadas.

Llegamos con mucho sudor en la frente y en los riñones y no con menos sed en la garganta. La sombreada y recogida iglesia de las monjas, toda oros litúrgicos y luces esplendentes, nos deparó una acogida de bendición ¡Qué alegres, bien acordadas y edificantes las notas de la Salve carmelitana, a través de las altas celosías, en aquel santo recinto!

Después pasamos a una recoleta y humilde habitación donde consumimos no sé cuantas arobas de limonada. Todo se conservaba dentro y fuera del convento, según se nos dijo, hasta los muebles más modestos, como en tiempos de su fundadora.

Quisimos luego saludar, ya que no visitar, algunos de nosotros a las madres allí recluidas y entramos en un pequeño cuarto en grata penumbra. Aparte las recias paredes, nos separaba de ellas, de las monjas, una puntiaguda celosía de hierro a baja altura que parecía comunicar con las míticas celdas de la Inqui-

sición. Pero de aquella enrejada abertura surgió, para deleite de nuestros espirituales oídos, un concierto de voces, las más angelicales y alegres que he escuchado en mi vida.

José María del Moral, como Gobernador y en nombre de los excursionistas, les preguntó amablemente si estaban contentas y si necesitaban algo. Y las benditas descalzas le respondieron que les bastaba la herencia de alegría que les dejó Santa Teresa para sentirse dichosas en este mundo.

Al saber que éramos escritores y escritores católicos los que allí rendíamos

viaje en honor y alabanza de la monja andariega, una voz deliciosamente femenina y casta nos dijo desde dentro a guisa de parabién:

—Pues que la Santa les dé la sal que ella tenía.

La que le sobraba, debió decir. Porque es eso precisamente lo que rezuma la galana prosa de la doctora de Avila, sal a lo divino con adobo humano.

Por último, del Moral inquirió que cuántas religiosas eran allí. Y si mal no recuerdo alguien impregnada de autoridad le contestó dulcemente que veintitrés. Replicó nuestro mentor y representante que si entre ellas se encontraba alguna navarra.

—¡Ocho!— cantaron varias voces jubilosas al mismo tiempo con revuelo de palomas.

Confieso que se me turbó el ánimo. ¡Ocho mujeres de mi sangre encerradas entre aquellos espesos muros! ¡Ocho hijas de mi Navarra —más del tercio de aquella comunidad— aspirantes a santas anónimas, al servicio exclusivo de Dios, en aquel oscuro —claro por su linaje— lugar manchego! ¡Dando testimonio, como miles y miles de navarros dispersos por el ancho mundo, de fé católica y de voluntad misionera! ¡Ay, de mí!

Un nudo de emoción consoladora me impedía hablar. Y algo que nada tenía que ver con la limonada que habíamos ingerido me humedecía los ojos, mientras las monjitas nos despedían dedicándonos unas canciones de su recreación con letrillas ingenuas y enternecedoras.

(Continúa en la página siguiente)